

La columna del Director

Suma de ciencias y humanidades, en el espíritu de México, es la Universidad Nacional tanto en la cotidianidad de sus quehaceres cuanto en la grandeza del país. Ni en los ya remotos tiempos de Francisco Cervantes de Salazar y sus primeros *diálogos de la dignidad*, o de Alonso de la Veracruz en su cátedra de las luces renacentistas entre las densas sombras conventuales de azorados oficios santos; ni en los agitados días de la novación del saber propuesta por el rector Miguel Hidalgo y Costilla en el aula valisoletana; ni en los debatidos concursos del seminario tridentino, donde José María Morelos y Pavón hallóse en primerísimo lugar en cuestiones filosóficas; ni en las angustias de 1833, al disolverse la *Real y Pontificia Universidad*, para propiciarse así la pedagogía liberadora de la nación; ni en la inestable historia de los colegios civiles de Benito Juárez y la generación de la Reforma; ni con el establecimiento de Gabino Barreda o los estrechamientos positivistas subsiguientes; ni en la claridad de Madero, Zapata y Villa; ni en ningún otro momento estelar o trágico dejó la Universidad de abreviar en la sabia ilustre de los mexicanos. Por estas razones su comunidad, en la magistratura de José Vasconcelos, adoptó el lema *Por mi Raza Hablará el Espíritu* que expresa, desde siempre, la unánime decisión universitaria de hacer del Claustro un auditorio natural de la palabra del pueblo.

Hoy está la Universidad al lado de todos y cada uno de los mexicanos, condolida también por el amargo despertar del jueves 19 de septiembre, después de celebrarse con gozo inusitado los 175 años de la Independencia; pero cabalmente dueña de una conciencia moral y participativa de las muchas y afanas labores circundantes. Tendrá que cambiarse el sentimiento trágico de la vida, cuyos históricos entrelazamientos e implicaciones seculares removiéronse en el drama de la ciudad-capital, generalizando abatimientos y desesperaciones de quienes vienen luchando con la mayor entereza posible por la justicia y la libertad en un mundo brutalmente adverso; tendrá que cambiarse este sentimiento trágico, decíamos, por el alborozo cierto de la inminente victoria que restaña descalabros del destino y alivia injurias de los enemigos del bien.

La Universidad entrega a manos llenas, en la actividad de sus maestros, trabajadores y alumnos, el saber que solicitan los demás, guiada por los valores humanistas que en nuestra patria orientan la aplicación de las ciencias y las tecnologías, acatándose de este modo el proyecto enunciado por su Fundador y Doctor Honoris Causa, Justo Sierra, en el discurso inaugural de 1910, a saber: "La Universidad... delante de la naciente conciencia del pueblo mexicano mantendrá siempre alto, para que pueda proyectar sus rayos en todas las tinieblas, el faro del ideal, de un ideal de salud, de verdad, de bondad y de belleza; esa es la antorcha de vida de que habla el poeta latino, que se transmiten en su *carrera las generaciones*"; doctrina que dos años después, hacia 1912, suscribieron sus primeras autoridades —Joaquín Eguía Lis, Francisco Pascual García y Pedro Henríquez Ureña—, al pronunciarse por una universidad que sea "centro libre de cultura superior, encaminada al perfeccionamiento de la sociedad mexicana. La Universidad será entonces un monumento a la ciencia, a cuyo lado velará, tendiendo sus alas, el ángel de la libertad."

Pruebas de una admirable transfiguración de los hombres y las cosas, en las breves horas que han pasado desde aquel 19 de septiembre, ofrécese por doquier. Una solidaridad ejemplar con los necesitados; una entrega moral, sin límites; la conjunción de esfuerzos y voluntades; el honesto uso de recursos morales y materiales; una juventud sin par, dueña de las virtudes supremas; el auxilio internacional a la altura de la hidalga nación agraviada; una fraternidad exuberante que derrama su nobleza en todos lados; la mano abierta y el corazón bien puesto de los unos con los otros; y en esta singular situación, que acoge y reúne el ánimo mexicano, apréstase la Universidad a redoblar esfuerzos en la reedificación de la aún inconclusa grandeza nacional. ♦